

cribiese mi nombre en su candidatura y dijese al día siguiente: Me he engañado. ¿Sabeis por qué no digo, por qué no grito soy republicano? Porque muchísimos hacen alarde de esto. ¿Sabeis por qué guardo una especie de pudor y de escrúpulo en alardear de republicanismo? Porque veo á gentes que casi no lo son y hacen más ruido que vosotros, que estais convencidos de serlo. Hace veinte años que soy demócrata. Soy un demócrata antiguo. ¿Es que os agrada más la palabra que la idea? ¡Pues yo, yo os doy la idea, que vale más que la palabra!

M. MARLET: En nombre de los pintores pido el apoyo de Víctor Hugo en todas las cuestiones que interesen á la eleccion, al concurso, á los derechos de los artistas y á las franquicias del arte.

VÍCTOR HUGO declara que en esto tambien su pasado responde de su porvenir; que para defender las libertades y los derechos del arte y de los artistas nunca ha esperado que se le pidiera; que continuará siendo lo que siempre ha sido, el defensor y el amigo de los artistas, y que pueden contar con él incondicionalmente.

La Asamblea proclama por unanimidad candidato de las asociaciones reunidas á Víctor Hugo.

### JUNTA DE LAS ASOCIACIONES

DESPUES DE TERMINADO EL MANDATO

Mayo, 1849.

Os devuelvo un doble mandato: el cargo de presidente de la asociacion, que hace un año tuvisteis á bien confiarme por unanimidad, y el cargo de representante, que vuestros votos, igualmente unánimes, me confirieron en la misma época. Traigo á la memoria esta unanimidad, por ser para mí este recuerdo caro y glorioso.

Señores, acabamos de atravesar un año laborioso. Gracias á la poderosa voluntad de la nacion, francamente significada á los partidos por el sufragio universal, puede en adelante un gobierno sério, regular y normal, funcionando segun la libertad y la ley, hacer que todo reflorezca entre nosotros, el trabajo, la paz, el comercio, la industria, el arte; es decir, puede poner á Francia en plena posesion de todos los elementos de la civilizacion.

Esto es, señores, un gran paso dado de frente; pero paso que no se ha conseguido sin gran esfuerzo.

No hay ningun buen ciudadano que no haya cooperado para conseguirlo, con desiguales esfuerzos sin duda, pero con la misma buena voluntad. No os diré la humilde parte de intervencion que he tenido en los grandes acontecimientos acaecidos desde hace un año; vosotros lo sabeis; vuestra misma benevolencia la ha exagerado. Será mi gloria algun dia no haber permanecido indiferente á los grandes hechos ni á los grandes actos. Toda mi conducta política, desde hace un año, puede resumirse en una sola palabra: he defendido enérgica y resueltamente con el pecho y con la pluma, tanto en las dolorosas batallas de las calles como en las luchas amargas de la tribuna, el orden contra la anarquía y la libertad contra lo arbitrario.

Esta doble ley, que para mí es una ley única; esta doble ley de mi conducta, de la que no me he desviado un solo instante, me la dictó la conciencia, y creo que tambien, señores, os la dictará la vuestra. Permitidme decir esto, porque la unanimidad de vuestros sufragios de hace un año y la unidad de vuestras adhesiones en este momento nos dá en cierto modo, á vosotros los mandantes y á mí el mandatario, un alma comun. Os traigo mi cargo desempeñado lealmente. He hecho lo más; he hecho, no todo lo que he querido, sino todo lo que he podido, y me presento ante vosotros con la grave y austera serenidad del que ha cumplido su deber.

## ASAMBLEA CONSTITUYENTE

1848.

---

---

# ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

---

---

1848.

## TALLERES NACIONALES. <sup>(1)</sup>

20 Junio 1848.

Señores:

No subo á esta tribuna para aumentar la pasion de los debates que os agitan, ni la amargura de las diferencias que os dividen. En este momento en que todo es dificultad, en que todo puede ser peligro, me avergonzaria si proporcionara voluntariamente embarazos á mi pais. Asistimos á solemne y decisiva experiencia, y me ruborizaria la idea de entorpecer por un momento la majestuosa forma social, la República, que nuestros padres han visto grande y terrible en el pasado y que nosotros todos queremos ver grande y bienhechora en el porvenir. Procuraré, pues, en lo poco que he de decir á propósito de los talleres nacionales, no perder de vista ese pensamiento; que en la época delicada y grave en que nos encontramos, necesitan firmeza los actos y conciliacion las palabras.

La cuestion de los talleres nacionales ha sido ya tratada en diferentes casos con notable elevacion de miras y de

ideas. No trataré de lo que ya se ha dicho.

Me abstendré de ocuparme de las cifras que todos conoceis. En mi opinion, lo digo con franqueza, la creacion de los talleres nacionales pudo ser y fué una necesidad; pero es propio de los verdaderos hombres de Estado sacar partido de las necesidades y convertir algunas veces las mismas fatalidades de una situacion en medios de gobierno. Pero siento declarar que no han sacado el mejor partido de dichas necesidades.

Lo que me choca en primer lugar, lo que choca á todo hombre de buen sentido en la institucion de los talleres nacionales, tal como se ha implantado, es la enorme fuerza gastada en pura pérdida. Sé que el señor ministro de Obras públicas indica medidas, pero hasta que la realizacion de esas medidas empiece seriamente, estamos obligados á hablar de lo que es, de lo que amenaza serlo quizá por largo tiempo todavía; y en todos los casos tiene derecho nuestro exámen á remontarse á las faltas cometidas, á fin de evitar, si se puede, las faltas futuras.

Digo, pues, que lo único que es claro hasta hoy en todos los talleres nacionales es una fuerza gastada en pura ruina; y en qué momento? En el momento en que la nacion, agotada, necesitaba todos los recursos, tanto de los brazos como de los capitales. ¿Qué han producido en cuatro meses los talleres nacionales? Nada.

No quiero entrar en la especificacion de los trabajos que eran de urgencia emprender, que el pais reclamó, que todos vosotros tendreis presente; pero examinad esto. Por un lado una cantidad in-

(1) Este discurso fué pronunciado cuatro dias antes de la fatal insurreccion del 24 de Junio, y abrió la discusion sobre el decreto siguiente, adoptado por la Asamblea:

«Artículo 1.º El crédito de tres millones que pide el señor ministro de Obras públicas para los talleres nacionales, debe considerársele de carácter urgente.

Art. 2.º Cada crédito nuevo destinado al mismo empleo no podrá exceder de la suma de un millon.

Art. 3.º Los poderes de la comision encargada del exámen de este decreto continúan hasta tanto que la Asamblea no ordene otra cosa.»

mensa de trabajos posibles; por otro una cantidad inmensa de trabajadores disponibles. Y el resultado? Negativo!

Negativo! me engaño; el resultado no ha sido nulo, ha sido sensible; doblemente sensible: sensible bajo el punto de vista de los rendimientos; sensible bajo el punto de vista de la política.

Sin embargo, mi severidad admite atemperancias; no llegó hasta donde llegan los que dicen con un rigor parecido á la cólera, creyendo estar en lo justo: "Los talleres nacionales es un recurso fatal. Habeis bastardeado á los vigorosos hijos del trabajo, habeis quitado á una parte del pueblo la afición á trabajar, afición útil que entraña la dignidad, el respeto á sí mismos y la tranquilidad de la conciencia. A los que no habian conocido hasta entonces más que la fuerza generadora del trabajo, les habeis enseñado el afrentoso poder de la mano que pide; habeis quitado á los hombros el hábito de transportar el peso glorioso del honroso trabajo, y habeis acostumbrado á las conciencias á soportar el peso humillante de la limosna. Conocíamos ya el desocupado de la opulencia; vosotros habeis creado al desocupado de la miseria, cien veces más peligroso para él mismo y para los demás. La monarquía tenia ociosos, la República tendrá holgazanes."

Este lenguaje rudo y modesto no es el mio precisamente; no llegó hasta ahí. No; el glorioso pueblo de Julio y de Febrero no se depravará. Esa holgazanería fatal para la civilización es posible en Turquía; en Turquía, pero no en Francia; Paris no copiará á Nápoles; jamás Paris copiará á Constantinopla. Jamás, aunque se quiera, jamás se conseguirá hacer de nuestros dignos é inteligentes obreros, que leen y que piensan, que hablan y que escuchan, *lazaroni* en tiempos de paz y genizaros en tiempos de guerra. Jamás! Se me ha escapado esta palabra que acabo de pronunciar, *aunque se quiera*. Sentiria que viéseis en ella un doble sentido, esto es, cierta tendencia acusadora.

El dia que crea deber acusar, acusaré, y no indirectamente. No, no creo, no puedo creer, y lo digo con sinceridad, que haya podido germinar en la mente de nuestros gobernantes la idea monstruosa de convertir al obrero parisiense en bandolero y de crear en la ciudad más civilizada del mundo, con los elementos admirables de que se compone la pobla-

ción obrera, pretorianos del motin al servicio de la dictadura.

A nadie pudo ocurrirle semejante idea; esa idea seria un crimen de lesa majestad popular.

¡Desgraciados por siempre los que la concibieran! ¡Desgraciados aquellos que tratasen de practicarla! porque el pueblo, no lo dudeis, el pueblo, que tiene raciocinio, se apercibiria muy pronto y se sublevaria en semejante caso como un solo hombre contra los tiranos enmascarados de aduladores, contra los déspotas disfrazados de cortesanos, y seria severo y terrible.

Rechazo este orden de ideas y me limito á decir que, independientemente de la funesta perturbación que los talleres nacionales hacen pesar sobre nuestras rentas, los talleres nacionales, como ahora son y como amenazan perpetuarse, podrian á la larga—peligro que se os ha señalado y sobre el cual insisto—alterar gravemente el carácter del obrero parisiense.

Ahora bien: soy de los que no quieren que se altere el carácter del obrero parisiense; soy de los que desean que esta noble raza de hombres conserve su pureza, su dignidad viril, su amor al trabajo, su valor á la vez plebeyo y caballeresco; soy de los que quieren que esta noble raza, admirada del mundo entero, permanezca admirable.

Y por qué? Pues no lo deseo solo por el obrero parisiense, lo deseo tambien por nosotros, por el grandioso papel que Paris desempeña en la obra de la civilización universal.

Paris es la actual capital del mundo civilizado...

UNA VOZ: Eso es sabido.

VÍCTOR HUGO: Sin duda; es sabido. ¡Me extraña la interrupción! Seria raro y curioso que Paris fuese la capital del mundo y que el mundo no lo supiera. Prosigo. Lo que Roma era en otro tiempo, Paris lo es hoy. Lo que Paris aconseja, lo medita la Europa; lo que Paris comienza, lo prosigue la Europa.

Paris tiene una función dominante entre las naciones. Paris tiene el privilegio de establecer en ciertas épocas, soberanamente unas veces, bruscamente otras, grandes sucesos: la libertad del 89, la República del 92, Julio de 1830, Febrero de 1848; y estos grandes sucesos, quién los realiza? Los pensadores de Paris, que los preparan, y los obreros de Paris, que los ejecutan.

Hé aquí por qué quiero que el obrero

de Paris permanezca siendo lo que es, noble y valeroso trabajador, soldado de la idea cuando es preciso, de la idea y no del motin; improvisador, algunas veces temerario, de las revoluciones, pero iniciador magnánimo, sensato, inteligente y desinteresado de los pueblos. Hé aquí el gran papel del obrero parisiense. Separo, pues, de él con indignación todo lo que pueda corromperle.

De esto nace mi oposición á los talleres nacionales.

Es necesario que los talleres nacionales se transformen pronto de una institución dañosa en una institución útil.

ALGUNAS VOCES: Los medios?

VÍCTOR HUGO: Hace poco, al principiar, os los he indicado; el gobierno los enumeró ayer; os suplico que me permitais no repetirlos.

MUCHOS MIEMBROS: Continúa! ¡Continúa!

VÍCTOR HUGO: Se ha perdido ya mucho tiempo; importa que las medidas indicadas se adopten lo más pronto posible. Llamo sobre este punto la atención de la Asamblea y de sus delegados en el poder ejecutivo.

Votaré el crédito, teniendo en cuenta estas observaciones.

Si mañana se nos anuncia que las medidas que promete el señor ministro de Obras públicas se ejecutan, y que no retrocederá en ese camino en mucho tiempo, desaparecerán mis críticas. ¿No creéis que es de la mayor importancia estimular al gobierno cuando el tiempo se pierde y las fuerzas de la Francia se agotan?

Señores, al terminar, permitidme dirigir desde lo alto de esta tribuna, á propósito de los talleres nacionales, algunas palabras á esa clase de pensadores severos y convencidos que se llaman socialistas, y echar con ellos una rápida mirada sobre la cuestión general que amendrenta, en el momento actual, á todos los espíritus y que envenena todos los acontecimientos; es decir, sobre el fondo real de la situación presente.

La cuestión, en mi concepto, la gran cuestión que preocupa á Francia en este momento, y que llenará el porvenir, no es cuestión de una palabra, es cuestión de un hecho. Seria un error aplicarla á la palabra *república*; debe aplicarse al hecho *democracia*; hecho considerable, que debió engendrar el estado definitivo de las sociedades modernas, y cuyo advenimiento pacífico es, lo declaro, el objeto de todos los espíritus serios.

Porque la cuestión existe en el hecho *democracia* y no en la palabra *república* es por lo que se dice, con razón, que lo que se presenta ante nosotros, con amenazas según unos, con promesas según otros, no es cuestión política, sino cuestión social.

Representantes del pueblo, la cuestión está en el pueblo. Lo decia hace un año, en otro recinto, y tengo derecho á decirlo hoy aquí; la cuestión, desde largos años há, está en la angustia del pueblo, en las angustias de los campos, que no tienen suficientes brazos, y de las ciudades, que tienen demasiados; en el obrero que vive en un rincón sin aire; en la industria donde falta trabajo; en el niño que vá con los piés descalzos; en la desdichada jóven que la miseria roe y la prostitución devora; en la anciana sin asilo, cuya falta de providencia social hace negar la Providencia divina; la cuestión está en aquellos que sufren, en aquellos que tienen frío y hambre. Ahí está la cuestión.

Ahora bien; yo, socialista, me dirijo á los socialistas impacientes. ¿Creéis que esos sufrimientos no nos laceran el corazón? ¿creéis que esos sufrimientos no despiertan en nosotros el más tierno respeto, el más profundo afecto y la más ardiente y acendrada simpatía? ¡Os engañais! Hé aquí solo, en este momento, en el momento actual, lo que os decimos.

Después del gran acontecimiento de Febrero, seguido de las conmociones que han traído los derrumbamientos necesarios, no solo existe la angustia de esa parte de la población que se llama pueblo, sino la angustia general de todo el resto de la nación. Además, la seguridad, el crédito, la industria, el comercio, la demanda ha cesado, las salidas se cierran, las quiebras se multiplican, los alquileres y arrendamientos no se pagan; todo se ha doblegado á la vez; las familias ricas viven reducidas, las acomodadas están pobres, las pobres están hambrientas.

En mi sentir, el poder revolucionario está despreciado. Acuso á las falsas medidas; acuso tambien y sobre todo á la fatalidad de las circunstancias.

El problema social está propuesto. En cuanto á mí, comprendo de este modo la solución: no horrorizar á nadie; dar seguridad á todo el mundo; llamar á las clases, hasta aquí desheredadas, á los goces sociales, á la educación, al bienestar,

al abundante consumo, á la vida próspera, á la propiedad con fácil acceso...

MUCHOS MIEMBROS: Muy bien!

DE TODOS LADOS: Estamos de acuerdo; pero por qué medios?

VÍCTOR HUGO: Los diré en una palabra: haciendo descender la riqueza. Se ha hecho lo contrario; se ha hecho subir la miseria.

Qué ha resultado de esto? Una situación oscura, en la que lo que no es perdición es peligroso; en la que lo que no es peligro está en cuestión; una angustia general, lo repito, en la que la angustia popular no es más que una circunstancia agravante, un episodio doloroso del gran naufragio.

Y lo que aumenta mi inexpressable sentimiento es que otros gozan y se aprovechan de nuestras calamidades.

Mientras que Paris lucha en su paroxismo, mientras que nuestros enemigos, engañándose, creen que estamos en la agonía, Londres vive en el regocijo, Londres vive entre fiestas: allí se ha triplicado el comercio; el lujo, la industria, la riqueza se han refugiado allí. Oh! los que agitan las calles, los que arrojan al pueblo á las plazas, los que producen el desorden y la insurrección, los que hacen huir los capitales y cerrar las tiendas, bien puedo creer que son malos lógicos, pero no puedo resignarme á pensar que son decididamente malos franceses, y les digo y les grito: "Agitando Paris, removiendo las masas, provocando el disturbio y el motin, sabeis lo que haceis? Elevais la fuerza, la grandeza, la riqueza, el poder, la prosperidad y la preponderancia de Inglaterra."

Si; Inglaterra, en el momento actual, se sienta riendo al borde del abismo en que Francia cae.

En efecto: las miserias del pueblo nos afectan y nos hieren del modo más doloroso. Las miserias del pueblo nos afectan, pero las miserias de la Francia nos afectan también. Tenemos profunda compasión al obrero, avará y duramente explotado; al niño sin pan; á la mujer sin trabajo y sin apoyo; á las familias proletarias, desde largo tiempo oprimidas; pero sentimos compasión no menos grande por la patria, que destila sangre sobre la cruz de las revoluciones; por Francia, por nuestra sagrada Francia, que, si su situación se prolonga, perderá su poderío, su grandeza y su esplendor á los ojos del universo. No conviene que esta agonía se prolongue; no conviene que la ruina y el desastre

imperen sucesivamente y destruyan todo lo existente en la patria.

UNA VOZ: El medio?

VÍCTOR HUGO: Acabo de decir el medio: la tranquilidad en la calle, la union en la ciudad, la fuerza en el gobierno, la buena voluntad en el trabajo, la buena fé en todo.

No conviene, digo, que esta agonía se prolongue; no conviene que desaparezca lo existente. ¿Para qué nos aprovecharia? ¿Desde cuándo la miseria del rico constituye la riqueza del pobre? Podria dar por resultado la venganza de las clases que sufren, pero no su felicidad. Antes de llegar á ese extremo, dirijome desde lo más profundo, desde lo más sincero de mi corazón, á los filósofos iniciadores, á los pensadores demócratas, á los socialistas, y les digo: "Contais entre vosotros corazones generosos, espíritus poderosos y queridos; quereis como nosotros el bien de la Francia y de la humanidad: ayudadnos, pues; ayudadnos!". No solo el mal existe en los trabajadores, existe también en todos los demás.

No irriteis lo que conviene conciliar; no armeis una miseria contra otra miseria; no amotineis una desesperación contra otra desesperación.

Estad alerta! Dos calamidades van á llamar á vuestras puertas; dos monstruos, envueltos en las tinieblas, rugen esperando tras ellas; la guerra civil y la guerra servil; estas fieras son el leon y el tigre; no los desateis, y en nombre del cielo, ayudadnos!

No trateis de destruir la familia y la propiedad, que son las bases santas sobre las que descansa toda civilización; nosotros admitimos, como vosotros, los nuevos sentimientos de la humanidad; admitid, pues, como nosotros, las necesidades momentáneas de las sociedades.

M. FLOCON, *ministro de Agricultura y de Comercio*: Decid las necesidades permanentes.

UNA VOZ: Las necesidades eternas.

VÍCTOR HUGO: Oigo decir las necesidades eternas. Mi opinion me parece bastante clara para que se comprenda, sin que sea necesario que os diga que soy hombre que niego y pongo en duda las necesidades eternas de las sociedades. Invoco la necesidad momentánea de un peligro inmenso é inminente, y llamo para que nos ayuden á evitarlo á todos los buenos ciudadanos, cualquiera que sea su significación, cualquiera que sea su color político, á todos los que quieran la dicha y grandeza de la patria, dicien-

do á los pensadores, á quienes me dirijo á toda hora: Puesto que el pueblo cree en vosotros, puesto que gozais de la envidiable satisfacción de que os ame y de que os escuche, os conjuro á que le digais que no se deje arrastrar hácia la ruptura y hácia la cólera, que no se precipite, que vuelva al orden, á las ideas de paz y de trabajo, porque el porvenir es para todos, y principalmente para el pueblo. No se necesita más que paciencia y fraternidad, y seria horrible que por la sublevación de los tripulantes, la Francia, que es el primer navío de las naciones, zozobrase á la vista del puerto magnífico que todos vislumbramos con claridad y que espera el género humano.

## POR LA LIBERTAD DE IMPRENTA

Y CONTRA EL ARRESTO DE LOS ESCRITORES <sup>(1)</sup>

VÍCTOR HUGO: Siento que la Asamblea esté impaciente por terminar el debate, por lo que solo diré algunas palabras.

Soy de los que piensan, hoy día más que nunca, y sobre todo desde ayer, que el deber de todo buen ciudadano, en las actuales circunstancias, es abstenerse de todo lo que pueda debilitar el poder, del que no há menester el orden social.

Renuncio, pues, á entrar en lo que esta discusión pudiera tener de irritante, y este sacrificio me es tanto más fácil, cuanto que yo tiendo al mismo objeto que vosotros, al mismo objeto que el Poder ejecutivo; objeto que todos conoceis y que puede resumirse en dos palabras: á armar el orden social y desarmar á sus enemigos.

Mi idea es, como veis, perfectamente clara, y pido al gobierno me permita dirigirle una pregunta, porque han hecho nacer una duda en mi espíritu las palabras del señor ministro de Justicia.

(1) M. Crespel Delatouche interpelló al gobierno sobre la desaparición de *once* periódicos suprimidos el 25 de Junio, sobre el arresto y detención é incomunicación durante diez días del director de uno de ellos, M. Emilio de Girardin, etc. Las medidas atacadas fueron defendidas por el ministro de Justicia y combatidas por los representantes Vesin, Valette, Dupont (de Bussac), Germain Sarrut y Lenglet. El general Cavaignac, después del discurso de Víctor Hugo, declaró que él no queria entrar en explicación alguna y que dejaba á la Asamblea el cuidado de defenderle ó de acusarle. La Asamblea declaró terminada la discusión y pasó á la orden del día.

¿Estamos en estado de sitio ó estamos en la dictadura? Esta es, en mi concepto, la cuestión.

Si estamos en el estado de sitio, los periódicos suprimidos tienen el derecho de reaparecer en conformidad con las leyes. Si estamos en la dictadura, eso ya es otra cosa.

M. DEMÓSTENES OLLIVIER: ¿Quién se ha abrogado la dictadura?

VÍCTOR HUGO: Pido al jefe del Poder ejecutivo que se explique.

En cuanto á mí, pienso que la dictadura ha subsistido justa y legítimamente, por la imperiosa necesidad de las circunstancias, durante cuatro días. Pasados estos cuatro días, el estado de sitio basta.

El estado de sitio, lo declaro, es necesario; pero el estado de sitio es una situación legal y definida, y me parece imposible conceder al Poder ejecutivo la dictadura indefinida, cuando vosotros solo habeis querido darle el estado de sitio.

Pero si el Poder ejecutivo no cree suficiente la autoridad de que la Asamblea le ha investido, que lo declare y que la Asamblea reflexione. En cuanto á mí, cualquiera que sea la ocasión en que se trate de la primera y de la más esencial de nuestras libertades, no faltaré á la defensa de ella. Defender hoy la sociedad, mañana la libertad; defenderlas la una con la otra, defenderlas la una por la otra, es como comprendo el deber de mi cargo como representante, mi derecho como ciudadano y mi obligación como escritor.

Si el poder, pues, desea ser investido de autoridad dictatorial, que lo diga, y que la Asamblea decida.

EL GENERAL CAVAIGNAC, *jefe del Poder ejecutivo, presidente del Consejo*: Nada temais; no necesito más poder; tengo bastante; calmad vuestros temores.

VÍCTOR HUGO: En vuestro interés mismo permitid que os hable así, á vos, que sois hombre de poder, yo, que soy hombre de pensamiento.

Necesito explicar esta última expresión, sobre la que pudiera equivocarse la Asamblea.

Al decir hombre de pensamiento, quise decir periodista: quizás lo habeis comprendido así.

Pues bien; en interés del porvenir, todavía más que en interés del presente, aunque el interés del presente me preocupa tanto como á cada uno de vosotros, le digo al Poder ejecutivo: Estad alerta!